Ecos convergentes

Manuel Rodríguez Piñero

Ecos convergentes

Manuel Rodríguez Piñero

Avant
editorial

Primera edición, marzo de 2026
© Manuel Rodríguez Piñero, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-88206-01-6
THEMA: F - FL - FLG - FH - FHK
DEPÓSITO LEGAL: M-6917-2026

Para Paula,
esa personita que lleva toda su vida
acompañándome en el camino
y por la que he podido crecer a unos niveles
que ni en mis mejores expectativas
hubiera llegado a imaginar.

Prefacio

Me llamo Jaimy; No soy ni seré héroe o villano en esta narración, tan solo un daño colateral más en la historia de alguien que solo sigue sus estrictas reglas para dominar o controlar a su antojo todo cuanto le interese.

Mi único talento ha sido inspirar la suficiente confianza como para que cada antagonista de esta red de conflictos me viera como un apoyo cuando todo se vino abajo.

Como en una partida de *Black Stories*, «Historias Negras» —un juego de cartas de misterio y deducción en grupo, donde los jugadores deben resolver historias oscuras, extrañas o macabras, planteadas de forma muy críptica—, una serie de relatos dispares, desconcertantes y morbosos llegaron a mi conocimiento.

Todo esto en riguroso desorden, por supuesto.

En un principio solo pudieron parecer simples confesiones de personas que, dejándose llevar por la serenidad y pacífica seguridad que siempre ofrecía mi confiable presencia, me fueron revelando sus más íntimas vivencias.

Conocí a Álykhan cuando aún creía en la bondad del conocimiento. Compartimos cafés oscuros y largas caminatas por el campus cuando no era más que un recién llegado, hablando de la posibilidad de desarrollar sus proyectos científicos con el fin de poder ayudar a mejorar la calidad de vida de esa gente que, por desgracia, carecía de la oportunidad para poder llevar su día a día con absoluta normalidad por culpa de las diferentes circunstancias que Dios les hubiera puesto por delante.

A Olyeh lo conocí previamente, incluso antes de que lentamente se convirtiera en lo que juró destruir. Pero ese es un caso del que hablaremos en otro momento, ya que no es harina de este costal.

También fui parte o testigo en la vida de Khrytsna e Illay, y de algunas otras personas que tienen relevancia en el transcurso de esta crónica.

Aunque, principalmente, donde tuve cierta presencia fue en la historia que cuenta cómo dos mentes brillantes cruzaron una línea invisible.

De algunas situaciones fui testigo; de otras, como dije anteriormente, tengo conocimiento porque me las contaron los propios protagonistas. Y las más preocupantes; las tuve que descubrir yo mismo cuando, más tarde, comencé a sospechar que cada una de estas «H.N» estaban interconectadas entre si.

Engaños, traiciones, muerte y amor se amontonaban a la vuelta de la esquina, provocando que los acontecimientos más desafortunados se fueran desarrollando sin un sentido lineal, haciendo que vidas inocentes pagaran por unas consecuencias que otros debían asumir.

Los traumas fueron creciendo; con el tiempo, estos problemas seguían sin solucionarse, pues, en un momento dado, todo habría quedado suspendido en el tiempo, a pesar del devenir de los años.

Con algunos de los protagonistas desaparecidos, un individuo —por llamarlo de alguna manera— movía sus hilos en la sombra buscando la forma de recuperar algo que se había perdido.

Tal vez no todo lo que diga sea exacto, pero en este relato hay verdad, aunque no haya precisión.

Y si escribo esto tantos años después es porque aún escucho aquella voz que me dijo: «Si algo me pasa, deja que el mundo lo sepa».

1

El monje occidental…

30-11-22

¡¡Un caos desconcertante!!

Caos: según la Real Academia Española, confusión, desorden.
Desconcertante: que produce desconcierto y perplejidad

Con estas palabras calificaría la sensación que se me quedó en el cuerpo, cuando la información que estás a punto de leer llegó a mi conocimiento.

Primero te voy a poner en situación y luego te mostraré este testimonio con palabras textuales, para ver si lo percibes de la misma forma en que lo he hecho yo o, por el contrario, mi reacción simplemente ha sido un poco exagerada.

En el corazón de la jungla camboyana se erige el majestuoso Angkor Wat, el mayor templo hindú jamás construido, una maravilla de la arquitectura y un símbolo eterno de devoción. Te aconsejo que vayas a Internet y busques imágenes, porque es imposible describir lo que realmente puedes sentir cuando lo ves con tus propios ojos.

Con sus torres que asemejan los picos del Monte Meru —morada de los dioses— y sus muros tallados con historias épicas del Ramayana —uno de los textos más importantes para los hindúes, considerado como la primera y más antigua producción poética en forma de fábulas, que narra la historia del rey Rama

y su familia—. Y del Mahabharata —la gran epopeya mitológica de la India, que narra la guerra de los Bharatas.

Este colosal santuario representa la apoteosis del ingenio y la fe humana.

Bajo el fulgor del amanecer de cada nuevo día, sus piedras ancestrales cobran vida, revelando la grandiosidad de una civilización que buscó inmortalizar su vínculo con lo divino, legándonos un testamento de asombro y veneración.

En el interior de una de las salas de ese templo, un monje de lo más peculiar yacía tendido en el suelo medio moribundo.

Mantenía la mirada perdida, mientras observaba aquel techo abovedado, absorto en sus más funestos pensamientos, tumbado sobre el lado izquierdo, como aconsejan las costumbres monásticas, y sobre una estera de paja enrollable que le servía como colchón.

Poca gente recordaba ya cuántos años habían transcurrido desde que llegó allí procedente de una tierra lejana, envuelto en un halo de misterio y, más extraño aún, nadie, después de tanto tiempo, había logrado descubrir demasiado sobre su pasado, ya que este rehuía hablar sobre sí mismo, ni siquiera daba su verdadero nombre.

Esto contribuyó a que, al comienzo , le costara ganarse la confianza de aquellos religiosos que, en un principio, lo llamaban «el occidental» —dada su evidente procedencia—, aunque más tarde actualizaron su apodo a «el monje occidental», ya que comenzó a seguir celosamente las costumbres, tareas y normas de dicho lugar.

Habían transcurrido ya un par de semanas desde que comenzara a notar los síntomas de un nuevo virus surgido de manera incierta en algún lugar de China, el COVID-19 o más comúnmente conocido como el coronavirus.

Pero sobre eso él nada sabía.

Aquello que estaba sintiendo en su interior era tan desconocido e inexplicable que le hizo empezar a imaginar que semejante afección ya no remitiría, por lo que estaba a punto de llegar a la terrible conclusión de que iba a dejar esta vida atrás.

—Si las vacunas hubieran llegado hasta este lugar tan apartado… —me confiesa después de haberle contado la odisea por la que el resto del mundo, incluidos tú y yo, tuvimos que pasar antes de poder decir que lo habíamos superado—, quizás aquellos monjes no hubieran estado en tan serio peligro ni me hubieran tenido que dejar allí desatendido y abandonado…

El monje occidental

—Siddy… ¿Por qué no has vuelto aún?

Mi voz no era más que un hilo débil a punto de romperse; tenía la garganta seca e irritada. Además, me picaba por dentro y por fuera… El oxígeno recorría su trayecto vital con suma dificultad y la fiebre perenne tampoco ayudaba.

A veces me subía la temperatura con tal virulencia que hasta conseguía nublarme el pensamiento, llegando al extremo de comenzar a sufrir alucinaciones que no me permitían distinguir si estaba en un momento del pasado o en el presente.

Una luz radiante me traspasó los párpados e instintivamente amagué con abrir los ojos, pero ya no tenía ni voluntad para ello.

A continuación, el sonido de unos pasos me hizo caer en la cuenta de que alguien acababa de entrar en la sala y que, además, había dejado la puerta abierta, permitiendo que entrase por ella la suficiente claridad que acabaría provocándome esa sensación de fogonazo nombrada anteriormente que me llegó hasta el sentido.

Movido por la curiosidad, intenté abrirlos de una vez y, aunque me costó más de lo que me hubiera gustado reconocer, logré hacerlo.

Eso me llevó a descubrir ante mí una imagen que me fue del todo imposible de interpretar.

Un chico de unos veinte años —que, por cierto, no se parecía en nada a Siddy— se había detenido frente a mí y me observaba con una mirada elocuente, mientras se secaba el sudor de la frente.

Al poco de verme allí tumbado, su rostro empezó a desencajarse.

Tal vez hubiera sido provocado por el esfuerzo que había hecho para llegar hasta allí a la carrera, aunque estaba seguro de que podían existir muchos otros motivos que también

pudieran explicar aquella expresión que se le puso en la cara en ese momento.

Yo, al ver al chaval, tampoco supe cómo reaccionar; la duda y la confusión me invadieron ante semejante revelación; la dichosa fiebre llevaba días provocándome sueños y alucinaciones de lo más dispares.

Aunque la imagen que estaba visualizando en aquel preciso instante me hizo temer lo peor, me había convencido del todo de que esta sería mi última paranoia. Dios me estaba dando la oportunidad de despedirme de mí mismo.

Aquel niño era mi viva imagen, pero con una evidente diferencia: tenía la mitad de años que yo, por lo que, al verlo allí plantado delante de mí, el primer pensamiento que me vino a la cabeza fue algo innegable: «Este maldito virus me ha ganado la batalla» .

«Estoy alucinando con los ojos abiertos» —me dije a mí mismo, aunque esta vez en voz alta, convencido de que aquello no podía ser para nada una buena señal.

«Esto no puede ir a peor…».

La expresión del chico también era la de alguien que estaba delirando; tras escuchar mi voz y mirarme directamente a los ojos con más atención, pareció sentir como si se hubiera encontrado con un fantasma.

—No puede ser… —Fueron las únicas palabras que fue capaz de articular, y lo hizo tan despacio, que no pude percibir movimiento alguno en sus labios mientras las pronunciaba. Su cuerpo se puso rígido como una tabla, lo que me dio la sensación de que algún pensamiento extraño le estaba pasando por la cabeza y lo estaba dejando totalmente paralizado.

Segundos más tarde, Siddy entraría en la sala, con igual urgencia que su antecesor y con la misma apariencia agitada que este chaval.

Aunque eso sí, en su rostro se podía ver dibujada una gran sonrisa, como de costumbre. Esa era una cualidad intrínseca de su personalidad.

—¡Abu! ¡Ya estoy de vuelta! —canturreó con alegría; su tono de voz vibraba, mientras las palabras salían de su garganta. Estaba realmente feliz de verme.

—Casi llegas tarde… —respondí, y el brillo en mis ojos le brindó una cálida bienvenida. En mi recién alterado estado de ánimo solo pude mostrarle una sonrisa a medias; aun así, me alegraba mucho volver a verle, no podía creer que al fin estuviera de vuelta.

Pero Siddy notó que algo no iba bien y, con rapidez, se me acercó con gesto preocupado.

—¿Qué te ocurre?

Yo desvié la mirada hacia el otro lado.

—Estoy empezando a delirar de una forma preocupante. —confesé algo asustado.

Siddy se me quedó mirando durante un momento, sin comprender.

—Me estoy viendo a mí mismo, pero más joven —expliqué con aire impaciente, sabiendo que lo que me estaba ocurriendo no era nada normal. Con un lento movimiento de mi brazo y sin querer mirar en su dirección, mi dedo acusador señaló hacia donde estaba aquel otro chico.

Siddy respiró con alivio y comenzó a sonreír ya con menos inquietud.

—¡Pero Abu, él es alguien de verdad! No estás desvariando, es real. —Se acercó y me estrechó en un abrazo cargado de paciencia y ternura—. Vamos a salir de aquí para que te pueda dar el aire; te vas a poner mejor, ya lo verás. Ayúdame, Illay. —Con un sutil movimiento de manos reclamó la ayuda del chaval y entre los dos me pudieron poner en pie para sacarme de allí.

«¿Illay?», pensé, mientras los chicos me ayudaron a recuperar la verticalidad.

Aquel nombre comenzó a repetirse en mi cabeza una y otra vez como si fuera un eco constante que me llegó a transportar hacia veinte años atrás, en Ucrania.

Este eco a su vez me devolvió otro nombre…

—Khrystna. —Mi voz solo fue un leve susurro apenas audible cuando la nombré. Pero pude sentir cómo retumbaron los cimientos del templo.

—¿¿Khrystna?? —repitieron los otros dos casi al unísono y detuvieron la marcha con cierta sorpresa. Siddy se me quedó mirando un instante con un interés sobreactuado; comenzaba a preocuparse de verdad.

—Ahora sí que pareces estar desvariando, Abu.

Lograron llevarme hasta el exterior, no sin dificultades, ya que, al parecer, se me habían atrofiado las articulaciones tras tanto tiempo tumbado.

Durante la mayor parte del trayecto, mantuve los ojos cerrados; aparte de que me sabía el recorrido de memoria, estos casi me llevaban en volandas. Pero no era ese el motivo por el que lo había hecho.

Me estaba esforzando tanto en concentrarme y poner en orden mis ideas que no quería prestar atención a nada más que lo que podía ver dentro de mi mente, pues ya no sabía distinguir qué parte de todo aquello era real y cuál una ilusión.

«Illay». Volví a cabilar, recordando que aquel nombre era precisamente el que Khrystna y yo habíamos elegido para ponerle a nuestro hijo, si algún día conseguíamos ser padres juntos—. «No puede ser casualidad, es imposible que todo esto pueda ser solo parte de mi imaginación».

Mientras yo pensaba, los chicos avanzaron atravesando el espacio que cubría parte del recinto.

—Lo llevaremos a su lugar favorito —comentó Siddy, que parecía querer sacar cualquier tema de conversación para poder mantener la mente distraída, y así no pensar en lo que realmente me podía estar pasando—. Verás cómo en nada este monje melancólico recupera la compostura.

Durante el paseo, le fue contando a su nuevo compañero que la sombra de una palmera a la orilla del lago perimetral era mi rincón favorito.

Desde aquel sitio era donde, a la hora adecuada del día, se podía ver el mismísimo templo reflejado en sus aguas, lo cual

lograba calmar mi mente cada vez que me sentía «poco iluminado», como yo lo solía llamar cuando no lograba tener un buen día.

También le dio tiempo a contarle que, además, se daba el caso de que «su Abu» era, por otra parte, un guía turístico de lo más popular. Sobre todo para los occidentales que llegaban allí de visita, por lo que me había convertido para estos en uno de los más reputados y solicitados de toda la zona.

Así que aparte de ser uno de mis lugares favoritos, aquel emplazamiento hacia el que nos dirigíamos coincidía con la zona donde solía reunir a los turistas como punto de partida a la hora de comenzar la jornada de excursiones.

Detalle que contribuyó a que se produjera la situación que dio lugar a esta curiosa historia.

Cuando el trayecto llegó a su fin, nos encontramos en el lugar previamente señalado, donde con la ayuda de los chicos pude colocarme sentado a los pies de la citada palmera, lo que me permitió aprovechar el momento para adoptar la posición de loto y disponerme a meditar, tratando de recuperar mi momentáneo y maltrecho equilibrio mental, como cada mañana hacíamos todos los monjes antes de comenzar la jornada, con la intención de reunir las fuerzas y clarividencia necesarias para completar nuestro día a día.

Bueno, lo cierto es que no hubo demasiado tiempo disponible para relajarse antes de la llegada del siguiente torrente de sensaciones que estaba por acontecer…

Una mujer, de complexión media y pelo castaño claro, recogido en una coleta un tanto desordenada y vestida con una camisa de lino blanca, sombrero amplio para el sol y unas gafas de sol enormes que le resbalaban por la nariz, se acercaba hacia nosotros.

Llevaba una mochila exageradamente grande, colgada de su hombro y cruzando su espalda, más propia para una expedición de montaña que de una visita turística. Por supuesto, estaría repleta de objetos innecesarios, desde un botiquín completo hasta repelente de mosquitos, pasando por un mapa desactualizado y

una guía turística de Angkor Wat en papel en una de sus manos y en la otra el GPS del móvil abierto en la pantalla.

Lucía un gesto de desconcierto de lo más cómico, a la vez que maldecía entre dientes por tanto preparativo, justo cuando tropezaba con una piedra, momento tras el cual fue capaz de mantener el equilibrio de milagro, cosa que provocaría que su paso fuera cada vez más inseguro cuanto más se acercaba a nuestra posición.

Comencé a imaginar cuál sería su previsible primera pregunta. La típica que hacían todos para asegurarse de que habían llegado al lugar correcto donde comenzarían su tour por el magnífico templo.

Aunque algo extraño le debió ocurrir porque, antes de que comenzara a articular alguna palabra, su boca se quedó entreabierta durante más tiempo de lo normal.

Al ver semejante escena, volví a cerrar los ojos; no estaba en mi mejor momento como para lidiar con una turista patosa e insegura.

Se produjo un largo silencio, que se mantuvo más de lo imaginable, por lo que la curiosidad creció en mí y me hizo querer abrir mínimamente un ojo para tratar de seguir observando cómo se desarrollaban los acontecimientos con aquella chica.

Sus pies parecían haberse vuelto muy pesados, ya que era incapaz de seguir avanzando ahora que ya estaba tan cerca.

Parecía no poder dejar de mirarme.

De pronto, y de una forma de lo más trágica, dejó caer al suelo su teléfono para poder tener una mano libre con la que retirar aquellas grandes gafas de sol que apenas dejaban ver su rostro, las cuales también acabó tirando segundos más tarde como si nada le importara. Tras este gesto, le tocó el turno al mapa que sostenía con la otra mano, que, igualmente, dejó caer para poder quitarse el sombrero, como si todas aquellas cosas le estorbaran de pronto.

—¡¿Álykhan?! —Logró susurrar arrastrando la última sílaba, tanto que aquel tono de voz me entró por los oídos como si fuera un eco que viniera desde muy lejos.

Asustado, cerré los ojos una vez más y traté de sumergirme en el trance de la meditación con todas mis fuerzas. Debía recuperar la compostura cuanto antes si no quería que aquellas alucinaciones se hicieran definitivamente con mi juicio.

Pero aquella voz… y ese nombre… me terminaron de hacer flaquear. Habían pasado demasiados años desde la última vez que alguien me había llamado por mi nombre de pila.

—¿Álykhan? —Su voz volvió a retumbar en mi cabeza, insistía en llamar mi atención, sonaba tan familiar como en su tiempo, tan segura de sí misma, pero con cierto tono de incertidumbre.

Por algún extraño motivo, de pronto, aquella mujer recién llegada me pareció alguien conocido.

Su entonación no podía ser más expresiva y reconocible. Conociéndola como la conocía, estaba seguro de que habría puesto esa cara que tan popular se estaba volviendo aquel día…

Alguien acababa de ver al tercer fantasma del día.

—Disculpe, señora… —Oí cómo la interrumpía Siddy con delicadeza, tratando de evitar que me sacase del trance—. El monje está enfermo, por lo que temporalmente no puede organizar visitas, así que tendrá que buscarse a otro guía.

Pero ella hizo caso omiso y volvió a intentarlo una vez más.

—¿Álykhan Akhmetov? — repitió esta vez, dejando claro que no iba a dejar de insistir hasta que le prestara atención.

Podía oír su voz dentro de mí, cada vez más cerca y clara, vibrando alrededor de mi cabeza a medida que iba repitiendo mi nombre, llegando al punto en que, por un momento, la pude sentir como si estuviera susurrándome a unos centímetros de mis oídos.

Lo que causó que saliera de mi trance y me trajera de vuelta a la conciencia. Acabé abriendo los ojos y obligándome a enfrentar lo que me parecía ser una alucinación de lo más oportuna…

Me vi obligado a recordar cómo veinte años atrás tuve que cambiar de imagen e identidad, tras escapar de… bueno, mejor no lo digo en este momento, si no sería capaz de aparecer por el horizonte.

El caso es que en aquella época ya contaba con un reducido círculo social, gracias a mi peculiar interés por cierta profesión.

Por lo que, aun antes de abrir los ojos, deduje que solo había una persona en el mundo que me podía conocer después de haberme sometido a una extracción de las unidades foliculares de mi cabeza, que me había dejado esta apariencia de calvo, incluso con el cambio de pigmentación de mi piel, pues me había convertido literalmente en otra persona.

Solo alguien tan cercano como ella sería capaz de reconocerme en aquellas condiciones. Su nombre no paraba de repetirse dentro de mi cabeza una y otra vez.

Cuando la busqué con la mirada, no logré ver otra cosa que la espalda de Siddy, que estaba justo delante de mí tratando de alejar a esa mujer de allí, mientras intentaba indicarle un lugar donde podía ponerse en contacto con otro guía.

Me invadió la ansiedad por verla, así que comencé a levantarme trabajosamente. Tenía la necesidad de mirarla a los ojos y confirmar que se trataba de ella.

Aquel joven que tanto se me parecía se percató de mi intención y, con un gesto reflejo, se dispuso a ayudarme, lo que evitó que perdiera el equilibrio en el momento justo.

—¿Khrystna? —pregunté con convicción. Tenía que enfrentar mis miedos si quería acabar con aquellas alucinaciones y recuperarme.

Al escuchar mi voz, Siddy se apartó de ella y permitió el contacto visual entre nosotros.

Y en ese preciso instante el tiempo se detuvo.

Nuestros ojos conectaron en una mirada que no se producía desde hacía muchísimos años.

En nuestras mentes, cada uno habíamos dado por hecho que el otro había pasado a mejor vida, por lo que aquel momento no pudo ser más impactante.

Pudimos ver cómo pasaba toda una vida por delante de nosotros. Mientras, una lágrima furtiva recorría mi rostro escenificando la nostalgia que nos acaba de invadir.

Aquella mujer estaba tan cambiada y, a la vez, era tan igual a la que había conocido, que me daba la sensación de que habíamos viajado en el tiempo. Quería abrazarla, lo deseaba con todas mis fuerzas.

Pero antes de que eso pudiese ocurrir, se produjo una nueva interrupción, otro nuevo giro en los acontecimientos:

Illay, que hasta entonces estaba de espaldas a ella mientras había estado ayudándome a ponerme en pie, decidió que ya podía mantener el equilibrio por mí mismo y se dispuso a ser un espectador más de aquella escena, en la que esa mujer recién llegada había puesto patas arriba los ánimos de este pobre monje.

Se produjo entonces una nueva conexión visual entre dos personas con un vínculo tan importante, que la escena fue todavía más sobrecogedora, si cabe, que la que se acababa de dar entre nosotros dos.

En los ojos de Khrystna se pudo ver cómo el mundo a su alrededor dejaba de tener importancia el pecho se le encogió primero, luego estalló como si algo que llevaba mucho tiempo dormido en su interior despertara de golpe. No sabía si gritar, correr o hacer ambas cosas a la vez; solo sabía que era él. Vivo. Real.

La adrenalina se acumuló en su interior y, de pronto, pareció brotar por todo su cuerpo, haciendo imposible evitar que saliese disparada hacia el chico con el claro objetivo de estrecharlo en sus brazos mientras lloraba de forma desconsolada.

—Illay… — lo llamó mientras sostenía su cara con las manos, a la vez que lo miraba como si lo conociese de toda la vida.

Él estaba totalmente descompuesto, no conseguía reaccionar

—Hijo mío…

Ante semejante información, a todos los allí presentes nos pudo haber explotado la cabeza, en sentido figurado, claro.

La situación había tomado un cariz de lo más surrealista.

Sin salir de mi asombro, me acerqué a ellos para comprobar lo que estaba ocurriendo; a pesar de la poca energía que me quedaba, no podía dar crédito a lo que acababa de ver y oír.

—¿Lo has visto? ¡Es idéntico a ti cuando tenías su edad!

Con las manos todavía sujetando el rostro de Illay, Khrytsna giró su cara para que lo pudiese observar con claridad; sus ojos irradiaban una emoción imposible de explicar.

Yo ya había llegado antes a esa conclusión, pero, desorientado como estaba, sentía que eran muchas emociones en muy corto espacio de tiempo y, con el virus en todo su esplendor